

CONTORNOS DEL CARIBE EN LA NOVELÍSTICA VENEZOLANA CONTEMPORÁNEA: VIVENCIAS Y REFERENCIAS*

Aura Marina Boadas

RESUMEN

La determinación de variables que definan una identidad es un camino tortuoso y peligroso. Aquí nos interesa el hombre venezolano y caribeño, representado en las novelas venezolanas más recientes. La ambientación de estas obras nos sirve de campo de observación para definir percepciones en cuanto al espacio, el trabajo, la economía, el poder, la vida, la organización social, la educación, la alimentación. En este artículo nos vamos a circunscribir al área de la *subsistencia*, definida por Edward Hall como aquella donde se puede observar un sistema de comunicación primario referido a las necesidades de trabajo, económicas, de descanso y alimentarias del individuo. Es una esfera de reacciones innatas ante las necesidades vitales que dibujan las expectativas y el sentido de la vida.

Palabras clave: literatura venezolana - literatura caribeña - percepciones.

ABSTRACT

Identifying the variables that define an identity is a difficult and dangerous task. In this paper we are concerned with the Venezuelan and Caribbean character as represented in the most recent Venezuelan novels. The environment of those novels serves as the observation field to define perceptions concerning space, work, economics, power, life, social organization, education and food. We shall focus mainly on subsistence, defined by Edward Hall as that which allows observation of a primary communication system referred to the needs of the individual as far as a job, economic conditions, rest, and food. This is a sphere of innate reactions to the vital needs drawn by expectations and the sense of living.

Keywords: venezuelan literature - caribbean literature - perceptions.

* Ponencia presentada en la XXIV Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe (CSA). Panamá, 24-29 de mayo de 1999.

Les modèles de culture informelle ne sont jamais imposés: ils se développent naturellement dans des situations de la vie courante, et ils résistent à l'épreuve du temps. Leur origine est dans les individus eux-mêmes. Ils sont partagés et aussi perçus par chaque individu, constituant un impératif dans la structure de l'identité d'un groupe. En fait, ces modèles lient l'individu au groupe –ils sont le ciment qui assure l'unité du groupe.

EDWARD T. HALL. *La danse de la vie*. (p. 226)

En una región tan diversa como es el Caribe, conocer la relación que establecen los individuos con el espacio físico, social, ideológico en que viven es una vía para definir identidades. A partir de esas esferas, la determinación de las variables que construyen una identidad es un camino tortuoso y peligroso. Tortuoso, por el gran dinamismo de las culturas; peligroso, por la inmutabilidad a ultranza de características que pueden ser sólo pasajeras.

La literatura es uno de los tantos discursos que pueden dar cuenta de esta realidad caribeña, pues, al estar inmersos en un tiempo y en un espacio determinados, los autores proyectan sus vivencias, sus frustraciones, sus deseos. Aquí no nos interesa hablar del hombre caribeño como una categoría fija y atemporal, sino del hombre venezolano y caribeño, representado en las novelas venezolanas de los noventa, corte cronológico que hacemos estrictamente por razones metodológicas y no con el fin de marcar hitos específicos en la historiografía literaria venezolana. La ambientación de estas obras puede servir de campo de observación para definir percepciones en cuanto al espacio, el trabajo, la economía, el poder, la vida, la organización social y la educación. Así, al observar la cultura informal, se ponen de manifiesto los contornos de la caribeñidad en la narrativa más reciente.

En este artículo nos vamos a circunscribir al área de la *subsistencia*, definida por Edward Hall (1959: 59-61) como aquella, donde se puede observar un sistema de comunicación primario referido a las necesidades de trabajo, económicas, de descanso y alimentarias del individuo. Es una esfera de reacciones innatas ante las necesidades vitales que dibujan las expectativas y el sentido de la vida.

Al analizar los textos preseleccionados nos percatamos que las acciones para la subsistencia en las áreas ya señaladas parecieran estar signadas por lo práctico, la rapidez y lo imprevisto. Las novelas nos dan acceso a un mundo ficcional que privilegia la maniobra y la manipulación como vías de excepción para la sobre-

vivencia. Esto podemos verlo claramente tanto en las relaciones laborales, como en las acciones que involucran decisiones económicas, y en los momentos de esparcimiento.

Veamos cómo se presenta esta tendencia en casos concretos. En el *marco laboral* la maniobra es utilizada para acceder a puestos de trabajo y para mantenerlos, sin invertir mayor esfuerzo. Éste es un medio donde la real preparación académica o educacional queda relegada a un segundo plano ante la «escuela de la vida» y las influencias de los amigos, principales puntales en un *curriculum vitae*.

«Juan Estable sabe atravesar una experiencia como ésta: el extraño vértigo de mantenerse siempre al borde del abismo y disponer, sin embargo, de una infantil seguridad. Se sabe imprescindible para Torrealba, útil en la vida del equipo. Ya sucedieron tantas cosas que *dependían de su viveza** y de su discreción.» (Balza, 1995: 71)

«Uno de nosotros dejó escapar un pedo silencioso y dulzón que nos devolvió la calidez de una fraterna logia que un día no muy lejano estaría de regreso a casa. *Todos, en calidad de jefes.*»* (Centeno, 1998: 26)

En cuanto a los tipos de trabajo que se presentan queremos focalizar el realizado por intelectuales vinculados a la producción literaria: escritores, periodistas, editores, agentes culturales, profesores del área de las humanidades, productores de televisión y de cine. Realmente parece ser una constante la aparición de este tipo de personajes que intentan producir la obra que los consagrará. Es un deseo genuino que pareciera quedar al margen de las influencias y las manipulaciones a las que ya hemos aludido, hasta que encontramos ciertas circunstancias favorables para la infracción como en la novela *La expulsión del paraíso* (Azuaje, 1998) donde el personaje principal, Leonardo Ochoa, participa con un pseudónimo femenino en un concurso literario exclusivo para mujeres, y resulta ganador del mismo. Comienza allí todo un entramado de manipulaciones interpersonales, jurídicas y a través de los medios de comunicación que le permitirán a Ochoa disfrutar de todo lo ganado por su *alter ego* femenino.

Se observa pues que lo importante no es el tipo de trabajo que se realiza sino cómo se asume; se burlan las normas a fin de lograr el éxito, que consiste fundamentalmente en disponer de tiempo y dinero (en ese mismo orden jerárquico).

* El énfasis es nuestro.

Las acciones que se orientan a la búsqueda de *recursos económicos*, como en el caso anterior, se dirigen más al logro inmediato que al esfuerzo tesonero y a largo plazo. En este orden de ideas encontramos también la imagen del contrabando; éste no se halla ampliamente descrito ni en sus acciones ni en sus logros, pero abundan las referencias, lo que permite inferir su existencia, aunque condenada legalmente, se ha institucionalizado popularmente.

«También estuvo metido en el contrabando de coca a la... no sé. A una de esas islas del Caribe». (Centeno, 1992: 51)

«El mar sacudía el bote atunero cargado de una mercancía que yo presumía era ilegal, pues estábamos eludiendo las rutas principales y las capitanías de puerto desde que abandonamos San Juan [PR].» (Centeno, 1998: 94)

Otra actividad que permite ingresos rápidos es el juego. Esta imagen también recorre, aun con más intensidad que la anterior, las páginas de nuestros narradores. Son innumerables los juegos de envite y azar representados por peleas de gallos, juegos de barajas, carreras de caballos, ruleta, lotería...entre muchos otros.

El juego marca la cotidianidad, imprimiéndole a ésta un cariz lúdico donde todo puede suceder, pues el azar rige los destinos de los individuos y, por ende, de las comunidades:

«Relativo había nacido para el billar, los dados, las cartas: era un jugador privilegiado; su pasión y su valor fueron dándole fortuna, aunque la dilapidase como un soplo para volverla a tener.» (Balza, 1995: 252)

El juego va a servir de patrón para entender el devenir vital y son sus reglas las que, por proyección, se siguen, constituyéndose el azar de esta forma en una filosofía de vida:

«— Chico, si te fijas bien, ves que la lotería es como la vida: cada cosa tiene una figura y merece un nombre, pero cada una no vale en sí misma, sino de acuerdo como se combina con otra en la fila, y después una fila con otra, hasta formar un cartón. Es decir: para todo hay un lugar, y para todo hay una espera.» (Carrera, 1993: 34)

El aspecto lúdico vinculado a la improvisación y la maniobra, nos da la sensación de encontrarnos a las puertas de algo que va a suceder. Como dice el personaje homónimo de la novela *Salomón*: «para todo hay un lugar, y para todo hay una espera ». La intriga teatral no está lejana de esta vida y pareciera que en

las obras se tiene conciencia de ello, pues son numerosas las comparaciones entre la experiencia vital y el teatro.

«La tarde está en calma. Apenas se adivina en ella el bruñido fondo del crepúsculo. La tarde trasciende sobre nosotros, actores de esta representación.» (Mata Gil, 1992: 51)

«Decae sin embargo. ¿Está en medio de una comedia? Tal vez, si el acto principal no constituyera su propia muerte. Después oye una voz conocida; y tiene la impresión de que el grupo de hombres se aleja. Los soldados hablan con alguien que insiste en entrar.» (Balza, 1995: 152)

Conseguir dinero va de la mano con disponer de tiempo libre, como señalamos antes. Tiempo que indudablemente será destinado al *descanso* y al disfrute en torno al sexo, la música, el baile y el mar.

El sexo es una de las fuerzas movilizadoras de la acción. En este caso es difícil definir una valoración, pues son diversas sus representaciones: promiscuidad, violación, abstinencia, plena y satisfactoria realización. Nos interesa reseñar su presencia y la focalización que de él se hace en descripciones bastante explícitas del acto sexual o mediante otros recursos. En la novela *Juegos bajo la luna* (Noguera, 1994) hay un acto de violación que a pesar de estar brevemente descrito, adquiere una gran dimensión pues la historia ha sido fracturada en el relato que muestra inicialmente a la agraviada y luego todos los momentos previos al hecho. Esta alteración de la linealidad del tiempo nos lanza, como lectores, en busca de los detalles y los acontecimientos que provocaron la lastimosa situación de la protagonista. La intriga se teje en torno a un acto que involucra el sexo.

Algo que sí podemos afirmar es que los personajes no se plantean proyectos futuros cuando vislumbran una relación sexual, lo importante pareciera ser el momento, sin mediar ningún otro compromiso. Se puede leer en *Exilio en Bowery*:

«La noche se hizo sobre los que pronto correrían a la sierra. Cada quien amaba o vomitaba. Cada cual sentía su cuerpo en exaltación, *cada cual esperaba darle sentido a la vida en el goce momentáneo, único goce posible.*» * (Centeno, 1998: 127)

Este carácter efímero del sexo se acerca a la rápida riqueza obtenida en un juego y a su pérdida en el siguiente lance.

* El énfasis es nuestro.

La música va indefectiblemente unida al baile en estas novelas, donde se «oyen» los llamados ritmos populares: merengue, salsa, son, bolero; así como de otros provenientes de tierras cercanas: *reggae* y *lambada*. Las referencias musicales muestran diversas facetas, pueden ser alusiones a un ritmo, a un instrumento, a un músico, a títulos o a letras de canciones, a presentaciones musicales, a bailes. Los ritmos acompañan la vida de estos personajes que, aun siendo poco diestros para «mover el esqueleto», reconocen la importancia de la música y su aliado el baile. En *Retrato de Abel con isla volcánica al fondo* (Méndez Guédez, 1997) el personaje-narrador quiere escribir un libro para enseñar a bailar *lambada*. Se unen aquí dos elementos importantes: la *maniobra* que lo lleva a escribir sobre algo que desconoce —él percibe sus pasos de baile como los de un elefante enfermo (p. 48)— y el reconocimiento de la música como un valor cultural que permite deshacerse de la rutina y disfrutar, al menos, el tiempo de una pieza.

La tendencia a la metaficción y a la autorreflexión sobre el acto de la escritura en muchas de estas novelas, nos permite conocer en una de ellas el cuestionamiento que se hace a esa omnipresencia de los ritmos latinos en la narrativa venezolana:

«Oye ¿por qué los escritores venezolanos nunca mencionan al rock en sus libros? Cualquiera diría que sólo escuchan salsa, bolero y música clásica, ni siquiera tú lo has hecho, y me consta que te gustaba. Vestigios de nacionalismo o de marxismo literario, supongo. En mi caso, creo que nunca he sentido la necesidad, pero además hay pocas alusiones a la música en mis libros. Busco la música en las palabras.» (Azuaje, 1998: 27)

Aunque el personaje-novelistas esquiva en su trabajo creador el tema o las referencias a la música, aquí nos interesa el que se sigan sumando ritmos a las lista que ya habíamos propuesto: música clásica y rock.

Otra forma de esparcimiento se encuentra en el mar y sus playas, espacios recurrentemente aludidos. Aunque podrían estar vinculados al trabajo, bien sea de pescadores o de operadores turísticos, son más bien el escenario para el descanso y el disfrute de los personajes. Ya en un trabajo anterior señalábamos que sólo los autores de la Isla de Margarita son los que mantienen esta vinculación intrínseca, con visos amorosos, cuando «el mar» se convierte en «la mar», en la mayoría de sus textos. La posibilidad de vinculación que ofrece la mayoría de los escritores, cuyas obras se ambientan en la ciudad, es la del mar como «un lugar privilegiado para el disfrute, lo que implica verlo desplegar su gama de

colores, así como oír su rugido, aspirar su aroma yodado, bañarse en sus aguas y sentir el picor de la sal en los labios. » (Boadas, 1998: 2)

Al observar los *hábitos alimentarios* representados en las novelas que estudiamos, nos percatamos de que las referencias fundamentales son hacia las bebidas y no hacia la comida. El café es prácticamente un símbolo, pues la evocación trae consigo remembranzas de la casa paterna, los desayunos en familia, recuerdos de personajes en particular. El alcohol, por su parte, mantiene una presencia avasallante en las obras, podríamos llegar a plantear que se trata de un *leitmotiv*. Un nítido ejemplo lo ofrece la novela *Calletania* (Centeno, 1992), donde el paradigma de las bebidas alcohólicas pareciera no agotarse —«coñac», «tinto», «vino», «vino blanco», «anís», «ron», «whisky», «martini», «cerveza»— al ser complementado por una amplia terminología asociada a las bebidas —«alcohol», «destilería», «copa», «botella», «vasos», «barra», «bar», «tragos», «aliento», «ebrios», «alcohólica», «etélica», «beber», «tomar», «descorchar», «embriagar», «emborrachar», «campanear», «paladear»—, que genera un amplio campo semántico que nos envuelve en embriagantes vapores. Los personajes parecieran buscar allí un asidero, un contacto más placentero con el mundo.

Consideraciones finales

El contacto consigo mismo y con el entorno es el fundamento de la vida. Cuando vemos las esferas en las que éste puede darse, vemos que cubren todas las áreas del quehacer diario y que, por consiguiente, cuando nos referimos, como lo hemos hecho en este artículo, a trabajo, producción de riquezas, disfrute y alimentación, estamos apuntando a diversas maneras de hacer contacto (Barroso, 1993: 46).

Ahora bien, al intentar establecer un patrón, nos percatamos que nuestros personajes evitan permanentemente establecer un contacto genuino con su entorno, y peor aun, con ellos mismos. Todas las acciones que hemos descrito parecen orientadas a la evasión de compromisos, de responsabilidades. Señala Manuel Barroso que muchos individuos «viven del contacto con lo que está y sucede afuera, a su alrededor, pero sin conciencia de límites ni conciencia de su participación y responsabilidad, viéndose sólo como víctimas o agentes pasivos del poder de otros. » (1993: 46). Esta descripción se adecuaba perfectamente a la de nuestros personajes que se correlacionan espasmódicamente con su

entorno, sin planes y por consiguiente sin noción de responsabilidad. Se trata sólo de obtener algo favorable.

La realidad social venezolana representada en las novelas parece entonces ser la misma que ha sido analizada por los estudiosos sociales:

«la maniobra parece ser en el carácter nacional, un obligado; es decir, lo que se espera; por lo arraigado, un patrón de conducta relativamente usual. Es casi un hecho que para triunfar, para lograr, es necesario habilidad y experiencia en la maniobra.» (Essenfeld, 1991: 13)

Todo esto puede parecer sórdido en las novelas estudiadas, asistimos al derrumbe de una sociedad donde la viveza y los vicios dominan; no obstante, la valoración que se desprende es otra, porque al ser la maniobra «un obligado», «un patrón», para nadie es un atropello, es más bien, otro modo de hacer las cosas que va siempre acompañado por una sonrisa, y un buen humor que salva la situación,

«Él, como siempre, pudo haber perdido muchas cosas, pero no el buen humor. Tan querendón, el negro.» (Centeno, 1998: 146)

y en el peor de los casos, la indiferencia protege:

«Acepté todo. Fingí no prestar mayor importancia al hecho de que Victoria estuviese embarazada y según los exámenes médicos en unos meses me convertiría en padre de un varón.» (Méndez Guédez, 1997: 97)

La tendencia de percibir la vida ligera y superficialmente, como una escenificación teatral no es una particularidad o un hallazgo, pues ya la historiografía literaria la ha recogido en otros momentos, uno de éstos es el período del barroco, cuando los personajes también se sentían en la vida cotidiana como actores que representaban un papel, negando lo profundo, en beneficio de lo exterior, «llegan al fin de la negación de la persona, es decir del ser interior para exaltar mejor al personaje, es decir la apariencia». (Rousset, 1968: 216).

A los fines de nuestra interpretación, no nos parece anodino que durante el barroco se haya manifestado esta «teatralización» de la vida, pues esta estética se halla muy próxima a nuestra realidad americana. La mezcla de contrarios que se encuentra en el origen de la estética barroca tiene ecos en nuestro contexto, donde podemos rebautizar esa mezcla como mestizaje, como hibridez.

Este mestizaje que durante la colonia fue motivo de rechazo y que luego en Venezuela se adoptó como un discurso homogeneizador e identificador para la población, vehicula las frustraciones y aspiraciones que hemos descrito en este trabajo. Ahora bien, cuestionar estas prácticas sería la manifestación de un discurso centralista y eurocentrista de nuestra parte, discurso que privilegiaría determinado orden por encima de otros. Aquí son de suma utilidad las palabras de Edward Hall cuando alude a la necesidad de abrir los esquemas de actuación a otras posibilidades. Se pregunta Hall, por qué la noción del tiempo lineal adoptada por los sajones debe privilegiarse ante el tiempo múltiple de los latinos. De igual modo dejamos abierta la pregunta por qué volvernos previsivos, cuando nuestra versatilidad en la improvisación y la maniobra también son valiosos pues son nuestros esquemas de respuesta al espacio que nos ha sido dado vivir: espacio que carece de estaciones que se sucedan rutinariamente, pero que constituye un cruce de camino de huracanes volubles, de volcanes temperamentales y de sismos impredecibles.

«Yo no decido, yo no planifico. Los hechos de mi exterior saltan como dirigidos por un maremoto y me lanzan en una y otra dirección sin que yo pueda esquivarlos.» (Méndez Guédez, 1997: 13)

«Volveré. La costumbre del caos y del miedo también tiene sus reglas. Les diré a todos y especialmente a Victoria que amo el desorden, el autobús que no llega, el retardo en el tráfico, los disparos en la noche, los rumores golpistas, los supuestos barrios que se rebelan durante la madrugada y vienen con antorchas a incendiar los edificios, las bombas en los centros comerciales, los atentados.» (Méndez Guédez, 1997: 10)

Ahora bien, no podemos hacer una apología a la improvisación frente al orden, así como hiciera Senghor cuando enfrentó la emoción africana a la racionalidad helénica. Pensamos que las novelas estudiadas nos hablan de la gran capacidad de reacción de las comunidades allí representadas, mas también dan cuenta de su poca capacidad para la acción, lo que involucraría carencia de planes, compromisos, responsabilidades, y de normas, que, como hemos visto, sí existen pero son permanentemente vulneradas.

Referencias bibliográficas

- AZUAJE, Ricardo (1998) *La expulsión del Paraíso*. Caracas: Troya.
- BALZA, José (1995) *Después Caracas*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- BARROSO, Manuel (1993) *Autoestima, ecología o catástrofe*. Caracas: Editorial Galac.
- BOADAS, Aura Marina (1998) «Percepción y valoración de los espacios en la novelística venezolana actual: el mar». Ponencia presentada en la XXIII Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe (CSA), St. John's, Antigua, 26-30 de mayo.
- CARRERA, Gustavo Luis (1993) *Salomón*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- CENTENO, Israel (1992) *Calletania*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- CENTENO, Israel (1998) *Exilio en Bowery*. Caracas: Editorial Troya.
- ESSENFELD, Senta (1991) *Lo que nunca se dice*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Hall, Edward T. (1959/1984) *Le langage silencieux*. Jean Mesrie, Barbara Niceall, trad. París: Editions du Seuil (Coll. Points, Essais, 160).
- HALL, Edward T. (1983/1992) *La danse de la vie: temps culturel, temps vecu*. Anne-Lise Hacker, trad. París: Editions du Seuil (Coll. Points, Essais, 247).
- MATA GIL, Milagros (1992) *Mata el caracol*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- MÉNDEZ GUÉDEZ, Juan Carlos (1997) *Retrato de Abel con isla volcánica al fondo*. Caracas: Editorial Troya.
- ROUSSET, Jean (1968) *La littérature de l'âge baroque en France*. Paris: José Corti.

Aura Marina Boadas

Obtuvo la licenciatura en letras en la Universidad Central de Venezuela y el doctorado en literatura de expresión francesa en la Universidad de Burdeos, en Francia (1987), especializándose en literaturas y culturas francófonas. En 1993 egresó de la Universidad Simón Bolívar como especialista en gestión de servicios de información. Se ha desempeñado como directora de la Colección Bibliográfica de la Biblioteca Nacional de Venezuela y coordinadora de los servicios al público de esta misma institución. En el campo de la investigación ha realizado varios trabajos vinculados a autores y temas caribeños, algunos de los cuales han sido publicados en revistas venezolanas y extranjeras. Fue galardonada con el Premio Fernando Paz Castillo, mención estudios literarios en su edición de 1990, por el ensayo: *Lo barroco en la obra de Jacques-Stéphen Alexis*. En la actualidad es docente en la Escuela de Idiomas Modernos y en la Maestría de Literatura Comparada de la Universidad Central de Venezuela, donde forma parte del equipo que está adelantando el proyecto: «Diversidad cultural y construcción de identidades en la narrativa caribeña del siglo XX».

